



TERCER RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

«MARISA Y ANTONIO»

UNIVERSIDAD POPULAR
ENERO 2021

ÍNDICE

EL ENCUENTRO	Pilar Alcántar	2
ERES LO QUE ESCUCHAS	Gemma Montero Ortega	3
LA SUERTE DE MI VIDA	María Borrego Mediodía	4
OTOÑO DE COLORES COMPARTIDOS	María J. Llanos	5
CUESTIÓN DE SUERTE	Cele Lázaro	6
LA CITA	Isabel Casillas	7
¿TÚ ESTÁS TONTO, O QUÉ?	Jordi Fornos	8
UN ENCUENTRO INESPERADO	Flor Bermejo Tato	9
FRUTERÍA “MARISA”	Tasi Solís	10
AMOR AFRUTADO	Víctor M. Jiménez Andrada	11
DESEOS	Joaquina Campón	12
LA MIRADA	José Antonio García Fera	13
EL CIRCO	Concha Ibáñez	14
COMUNICACIÓN	Vicente Rodríguez Lázaro	15
TRES FOTOS	Belén Gómez	16
RUTINA Y OBSESIÓN	Marta López Castaño	17
RETO AFRUTADO	Ángela Velasco Bello	18

EL ENCUENTRO

Marisa ha dado de comer a sus dos peces muy temprano, cuando estaba amaneciendo. Un rocío blanco y crujiente se posa sobre los bancos del parque y el alféizar de su ventana. Es en esos momentos matutinos cuando ella lo ve. Antonio desayuna frugalmente, y ella lo observa tras el cristal. La cocina de Antonio está en un piso más abajo, en el bloque de enfrente, aunque él no sabe que está siendo observado. Esa mañana, cuando Marisa abra la tienda, verá cómo Antonio se acerca a comprar sus verduras diarias. Ella le saludará, como siempre, con amabilidad, pero sin mostrarle cuánto le atrae. Sabe que Antonio es vegetariano, porque él se lo ha dicho, y también, que es viudo y vive solo, como ella. Cada día, la conversación entre los dos es más animada, y Marisa intenta que él demore su despedida. Cuando Antonio se va, ella sigue soñando con él durante todo el día, hasta que vuelve a levantarse y da de comer a sus dos peces de colores.

Antonio sabe que Marisa vive sola, y le gustaría invitarla a un café, pero no encuentra el momento adecuado para hacerlo y menos para decirle cuánto le gusta su mirada clara y su voz musical. En realidad, nunca le gustó la verdura, pero solo por ver sus ojos y hablar con ella, compra cada día varias piezas frescas que no tiene más remedio que cocinar con desgana. Por más que lo intenta, no puede encontrar las palabras adecuadas para decirle que es imposible dejar de pensar en ella sin que todo lo expresado le parezca vulgar.

Hoy, Marisa no puede dar de comer a sus peces. Los dos cuerpos flotan inertes sobre el agua del acuario. Así ha pasado durante los últimos meses. Coge la pequeña red para sacar a los peces muertos, mientras las lágrimas le corren por las mejillas. Se siente ahora muy sola, más sola que nunca, como si esos dos pequeños seres hubieran sido una gran compañía. Mira entonces hacia abajo y, a través de las lágrimas, ve a Antonio desayunando, como siempre. Eso la anima un poco.

Esa mañana, él acude a su compra diaria y observa a Marisa más triste que de costumbre. Ella le cuenta que no ocurre nada especial, tan solo que su acuario está vacío. Antonio la consuela con palabras cariñosas, mientras mete las zanahorias y las acelgas en la bolsa de plástico que reutiliza día tras día. Hoy, sin embargo, no se demora en la despedida. Sale apresuradamente fingiendo un recado, y acude de nuevo, a las dos en punto, cuando Marisa cierra la tienda. Lleva debajo del brazo una botella de champán y tres peces de colores en una bolsita de plástico que brilla con los escasos rayos sol. «Son para ti», le dice. Ella los toma con candor, mientras los ojos le sonrían de sorpresa y emoción. Antonio le tiende su brazo y la anima a brindar por los nuevos pececillos, y ella le ofrece su casa para llevarlos al acuario y abrir el champán. «Vivo ahí mismo», dice Marisa, y Antonio se sorprende de que, siendo vecinos, ella aún no lo supiera.

Aunque son las dos y diez de la tarde, el cielo está ya oscuro y macilento, como presagiando la noche. El barrio está vacío. Solo varios peces de colores rompen el gris del mediodía brincando alegres sobre el regazo de Marisa. Ella y Antonio son, a su vez, como dos estrellas brillantes que caminan juntas sobre la acera húmeda de la calle. Es un día de diciembre cualquiera, pero a los dos les parece que tiene una luz especial, más cálida y llena vida que cualquier otro día del año.

Pilar Alcántara

ERES LO QUE ESCUCHAS

*** Para entender el relato es importante escuchar las canciones sugeridas.**

MARISA

Entre frutas de temporada, ojos aceituna, labios carnosos, piel de manzana.

Sutil y ligera.

Tímida, callada.

Piel de Manzana, Joan Manuel Serrat

ANTONIO

Pago las naranjas.

Con ella, me comunico apenas con la mirada. Sin voz. Sin palabras.

Solitario, vacío, regreso a casa.

Calle melancolía, Joaquín Sabina.

SERENDIPIA

Dícese de la circunstancia de encontrar por casualidad algo que no se buscaba.

Y Nos Dieron las Diez, Joaquín Sabina.

ANTONIO A MARISA

Contigo, Joaquín Sabina.

Gemma Montero Ortega

LA SUERTE DE MI VIDA

Una mañana como otra cualquiera, Marisa se encontró algo indispuesta. Era de esos días en los que cuesta más de la cuenta realizar las obligaciones diarias y decidió salir a tomar el aire a la calle.

La habían nombrado encargada de la frutería de su barrio. Se sentía agobiada y a punto de llorar cuando la llamaron para una reunión importante en la que debería estar en cinco minutos.

Antonio se cruzó con ella cuando se dirigía al almacén para la reunión. Era un chico muy atractivo y educado que iba todos los días a hacer la compra al supermercado. Desde siempre habían mantenido muy buena amistad, incluso quedaban para cenar e ir de copas de vez en cuando.

Antonio siempre había manifestado que le gustaría conocer la nieve, ya que él vivía en un campo rodeado de animales -era dueño de una finca- y había conocido muy pocos sitios.

Marisa, por suerte, había viajado mucho. La montaña era un sitio a donde iba todos los años y donde disfrutaba mucho desde niña.

Ese día, Antonio la esperó a la salida del trabajo y la invitó a comer pues se quedó preocupado por Marisa, cuando la vio con muy mala cara. Él siempre había estado muy pendiente de ella, sabía que algo bonito sentía.

Todos los días le llevaba una rosa roja con una dedicatoria, y se la dejaba en la frutería. En ella, al final, siempre escribía: “ERES LA SUERTE DE MI VIDA”.

Aquel día se la entregó en mano. Marisa pasó más vergüenza que de costumbre y le pidió que la acompañase a casa. Había sido un día largo, y estaba un poco cansada.

Marisa había hecho limpieza en el armario el día antes. Había sacado bastante ropa. La de la nieve, entre otras. Al entrar en su habitación y dejar el bolso se mareó y cayó fuertemente al suelo. Antonio, al sostenerla, recogió un papel que había caído de su bolsillo en el que había rubricado la respuesta a su dedicatoria. “TÚ SIEMPRE SERÁS MI SUERTE”.

—No es el lugar ni el momento, sino la persona —dijeron los dos abrazados. Marisa, por su timidez, nunca le había dicho nada a Antonio. Pero jamás se había sentido tan cuidada y enamorada. En ese momento surgió la magia. Al día siguiente se fueron a pasar unos días a la nieve para complacer el deseo de Antonio. Fueron días muy felices y bonitos. Querían recuperar el “tiempo perdido”.

—Todo llega cuando debe. Ni antes ni después. Esto será el principio de una larga historia de amor. Te lo prometo —le susurró Antonio.

María Borrego Mediodía

OTOÑO DE COLORES COMPARTIDOS

La gente iba y venía portando vistosas bolsas por las calles, ahora bulliciosas, del popular barrio. La cercanía de las fiestas de la Navidad confería al lugar una *vidilla* agradecida después de los duros días de confinamiento vividos. Antonio, vecino residente en el portal número 5 de la calle Miramar, se dirigía, como cada mañana de sábado, al supermercado situado en el otro extremo del barrio. Podía haber entrado en la tienda más cercana a su casa, total, para cuatro cosas que compraba, no merecía la pena hacer el largo paseo. Pero a él no le importaba invertir su tiempo si con ello conseguía que Marisa, la frutera del supermercado, le diera tímidamente los buenos días y le preguntara, ocultando sus ojos tras la balanza, que qué le ponía.

Antonio se hacía el remolón y titubeaba un buen rato hasta elegir el producto. Le complacía que la empleada le dedicara su tiempo, le encantaba ese cruce tímido de miradas, el imperceptible roce de dedos cuando él le señalaba el compartimento de las manzanas y ella se lanzaba presta a elegirle las mejores de la caja. Pero el momento más esperado llegaba cuando Marisa le comunicaba el importe de la compra y él depositaba suavemente en la mano de ella monedas contadas de una en una. Mientras este acto de acercamiento sucedía, Antonio siempre se quedaba con las ganas de acercar su boca al oído de ella para decirle lo mucho que la admiraba y lo que le gustaría invitarla un domingo cualquiera a pasear por el parque, sobre todo ahora que los colores del otoño estaban allí pintados, esperando ser admirados en compañía.

Cuando estaba terminando de depositar la última moneda en la mano de la ruborizada frutera, interrumpió la escena un vociferante vendedor de lotería:

—¡Me queda el último, el 7, el que siempre toca! ¡Venga, animaos! ¡Aquí está el gordo de la Navidad!

En un acto de valentía sobrevenida, Antonio cogió el boleto y le propuso a Marisa que lo jugaran a medias. El rubor creció en la cara de ella y, por primera vez, le miró a los ojos para atreverse a decirle que sí.

El azar quiso que el décimo compartido saliera premiado.

Hoy, Antonio y Marisa, se dirigen al Banco Central. Están cruzando juntos el parque, pisando al unísono una alfombra de hojas secas. El crujido de la hojarasca amortigua los alborotados latidos de sus solitarios corazones...

María J. Llanos

CUESTIÓN DE SUERTE

Luisa y Antonio están sentados a la mesa de un lujoso restaurante. Es la primera vez y Luisa está muy contenta. Llevaba meses queriendo entablar conversación con este chico, que le parece guapísimo, sin éxito.

Mientras esperan a que el camarero les sirva el primer plato, Antonio comenta la suerte que han tenido al haber sido ambos los agraciados con esa cena, casualmente, en una rifa organizada por el supermercado donde Luisa trabaja.

Le hace una propuesta: «¿qué te parece si compramos un décimo de lotería y lo jugamos a medias? Es por si se repite la buena estrella y nos hacemos millonarios».

Luisa responde que le parece bien, que está de acuerdo. Pero en su interior piensa: «lo malo es que en ese sorteo no voy a poder amañar el resultado».

Cele Lázaro

LA CITA

Marisa dijo en un susurro, mientras clavaba la mirada en sus pies

—Aquí tiene su pedido, señor Oliver— le temblaba la voz y sintió cómo se sonrojaba al pronunciar su nombre, ¡era tan guapo y le atraía tanto!

Lo veía todos los días cuando se acercaba a la frutería del supermercado donde ella trabajaba.

Antonio, que así se llamaba el hombre, vivía solo, era callado y solitario, a la vez que amable y educado. Su mirada, de color azul, se posó en la muchacha; parecía querer decirle algo, sin embargo, bajó la vista al suelo donde se encontraban las frutas y verduras que había encargado.

—Gracias, ya las meto yo dentro— y, agachándose, tomó la caja del suelo, la miró de nuevo y se volvió para entrar en la vivienda.

Marisa se sentía desolada, ¡qué encuentro más breve!

De pronto, se produjo un fogonazo. Algo se estaba quemando. El hombre soltó la caja en el suelo y corrió hacia el lugar del incendio. Marisa, en un acto reflejo, tomó un extintor que había en la escalera y entró rápidamente echando toda la espuma sobre el fuego hasta que lo apagó. Estaban tan cerca que podían sentir el aliento del otro; ella, para romper el silencio, comentó

—Hice un curso sobre seguridad en el hogar— Y levantó el extintor para corroborarlo.

Él, sin dejar de mirarla respondió

—Gracias. Me llamo Antonio

—Yo, Marisa

—Lo sé— respondió él.

Sus miradas siguieron enganchadas la una en la otra; una sonrisa comenzó a crecer en sus labios, al tiempo que florecía un único pensamiento de no querer separarse jamás.

Isabel Casillas

¿TÚ ESTÁS TONTO, O QUÉ?

- Marisa, ¿hoy no ha venido aún, ¿verdad?
- ¿Quién, papá?
- ¡Quién va a ser, cariño!
- Eres muy pesado, ¿vale?
- Jajajajajaja...
- Buffff, ¡qué cansino eres!
- Pues a mí el Antonio ese me cae muy bien. Me parece muy buen chaval y creo que haríais muy buena pareja, ¡ya ves lo que te digo!
- ¡Papá, por favor, procura no meter las narices donde no te importa! Antonio es, simplemente, un buen cliente, además de muy buena persona y como nosotros tenemos muy buen género y él mucho gusto cuando compra, pues lo trato lo mejor que sé. ¡Y punto, papá!
- Buenooooooooo...
- Además, acabo de verlo entrar en la pollería, pronto lo tendremos aquí, o sea que tonterías las justas, ¿oído?
- ¡«Susórdenes»!
- (¿Tanto se me debe notar que pierdo la respiración cuando tengo a Antonio cerca? Me tiene loca de amor. Solo deseo que algún día se decida a invitarme a salir, aunque solo sea para tomar un refresco. Me haría muy feliz, la verdad.)
- Buenos días, Antonio. Si no te importa, que te atienda Marisa, que estoy preparando un pedido para una persona que ha llamado para hacer un encargo.
- ¡Ah! Buenos días, Antonio.
- Buenos días, Marisa.
- ¿Qué te pongo?
- Hoy nada, Marisa.
- ¿Entonces?
- Es que... Quería hablar contigo de una cosa. ¿Puedes?
- (¡Dios! ¡Por fin!)
- ¿Marisa?
- Sí, sí, perdona. Dime.
- Verás...
- (¡Lánzate!)
- Es que he conocido a una chica y me gustaría invitarla a salir una tarde y la verdad es que no sé cómo hacerlo y he pensado en ti, que me conoces bien, para que me eches una mano. ¿Tú vendrías conmigo el día que quede con ella para así hacerlo más fácil y si te parece, al cabo de un rato, con cualquier excusa dices que te has de ir y así podré estar solo con ella y hablar? Me ayudarías mucho. ¿Qué dices?
- ¡Marisa, hija mía! ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? Estás totalmente blanca y llevas dos minutos sin abrir la boca totalmente paralizada. ¿Quieres que atienda yo a Antonio, mientras tomas un vaso de agua y descansas? ¡No me asustes!

Jordi Fornos

UN ENCUENTRO INESPERADO

Como todos los días, Marisa está trabajando en la frutería en la que lleva una década. Le gusta su trabajo, pues le da para vivir e interactuar con la clientela. Ella es una mujer que, aunque tímida, una vez que conoce a las personas habla sin parar, ríe y disfruta de la compañía. Vivía con su madre, pero desde que esta falleció está sola. Decidió no casarse por estar con ella y, ahora, con cincuenta y cinco años, ya no le apetece.

Desde hace un año, diariamente, va un señor que se llama Antonio. Es solitario y serio, con buena planta y atractivo. A ella le gusta, pero cree que es inalcanzable. «¿Cómo va a fijarse en mí?»», piensa ella. Aunque la semana pasada sintió que la miraba de distinta manera, pero rápidamente quita ese pensamiento y niega la sensación.

Esta mañana, al llegar, Antonio ve que está sola, no hay gente, pues es temprano. Se dirige a Marisa y le pregunta si tiene familia. Ella le dice que vive sola, que está muy a gusto y Antonio siente como un rechazo. Rápidamente ella se da cuenta y añade que no ha encontrado su media naranja. Las miradas se cruzan, sonrían, hay complicidad entre ellos. Se sienten como dos adolescentes. Después de varias miradas deciden quedar a tomar un café. —¡Pero en una terraza! Con la Covid no debemos estar dentro— comenta Marisa.

Marisa se arregla, se pinta las pestañas, las uñas y, después de probarse varias prendas, decide llevar un jersey rojo con un pantalón. Se siente muy bien e ilusionada. Antonio está muy nervioso, es la primera cita desde que murió su mujer, pero está decidido, quiere conocer a Marisa.

El encuentro es agradable para los dos, hablaron de sus vidas, esperanzas y sueños. En el aire se respiraba coqueteo e ilusión. Pasaron dos horas y seguían hablando, se dieron cuenta porque comenzó a anochecer.

Decidieron quedar en el mismo sitio y a la misma hora para el sábado siguiente.

Al llegar a casa, Marisa se siente feliz, con esperanza y a la vez temerosa, por el nuevo cambio. Pero en su interior, siente que él es algo especial y que los dos fluían con la mirada, los gestos, las palabras...

Flor Bermejo Tato

FRUTERÍA “MARISA”

Son las seis de la mañana, la ducha cae como lluvia de primavera sobre mi espalda. Tengo una contractura y el agua me calma y me queda como nueva.

Salgo a la calle, hay tranquilidad y empieza a clarear. Me encuentro algunos trabajadores del mercado municipal

—Buenos días, Gerardo.

—Buenos días, Marisa.

Llego a mi frutería, me cuesta trabajo levantar la reja. Los repartidores tienen la mala costumbre de poner las cajas de frutas delante de la cerradura.

Me pongo mi bata blanca y voy colocando las etiquetas de los precios.

Me gusta abrir puntualmente, tengo algunos clientes que quedan la compra hecha antes de entrar a trabajar.

Es viernes, seguro que no falla. No sé cómo se llama, pero no me importa. Cuando le veo venir calle abajo, me descoloca. No sé lo que me pasa, el corazón se me sale y el pulso me tiembla.

Debe vivir solo. Compra siempre lo mismo.

Está llegando, me miro en el cristal de la báscula y me coloco el pelo.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué le pongo?

—Cuatro manzanas, dos peras y unas uvas negras.

Se las peso y le saco el tique con la cuenta. Cuando me da el dinero sus dedos rozan mi mano y un escalofrío recorre mi cuerpo. Siento calor en mi cara, le miro.

—Tenga, su cambio y muchas gracias. Que tenga un buen día.

Qué feliz soy. He sentido su piel. Huelo mi mano y me huele a él.

Junto mis manos y sueño que él coge las mías.

—Buenos días, Marisa.

—¡Buenos días, Doña Inés! ¿Cómo estamos hoy?

—Mejor, ya casi no tengo fiebre.

—¿Lo de todos los días?

—Sí, sí.

Salgo a acompañarla hasta la puerta y veo que saluda al hombre de mis sueños.

—¡Hola, Antonio! — Me mira y me dice —Es mi nuevo vecino. Buen chico, un poco tímido.

¡Antonio, qué nombre más bonito!

Se marchan los dos y yo, nerviosa, recoloco la fruta e intento centrarme. Pero es inútil, mi cabeza solo piensa en él.

Los días se me hacen eternos. Por fin viernes y, Antonio puntual, llega a mi frutería. Me pide lo de siempre. Está más arreglado. Muy nervioso y con palabras entrecortadas me pregunta:

—¿Marisa, se tomaría un café conmigo después del trabajo?

Me bloqueo y no me sale la voz, con la cabeza le digo que sí.

—Hasta la tarde...

Tasi Solís

AMOR AFRUTADO

Marisa enrojecía como un tomate cuando Antonio acudía cada mañana a la frutería. Él trataba de convencerse, frente al espejo y poniendo cara de patata, de que solo estaba muy bien y que aquella mujer tan bonita que le vendía con tanta amabilidad el colorido género, le importaba un pimiento.

Era la época de naranjas y castañas y se vaticinaba el frío. Pero Marisa no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad que adivinaba en los ojos color de uva de Antonio y le dio una patada a su timidez de limón, cosa que solo pasaba de higos a brevas. Prefería asumir el riesgo y que le dieran calabazas a pasar otro invierno sin una boca de fresa que catar.

El melón se abrió con cierta broma, algo subida de tono, sobre el tamaño de los plátanos que había escogido Antonio. Quedaron esa misma tarde para merendar la tarta de manzanas que él preparaba con una receta de su abuela.

Llegó la temporada de los melocotones maduros y ellos seguían disfrutando del sabor de las cerezas del Jerte. Ella sabía que el calendario terminaba pudriendo la fruta más jugosa; pero también conocía la forma de conservarla mucho tiempo, como hacía con las peras cuando las preparaba en almíbar y envasaba en tarros de cristal.

Víctor M. Jiménez Andrada

DESEOS

Alrededor de la ermita se encuentran unas pilas funerarias, hoy, son bebederos de animales. Cerca, la charca invadida por familias de ranas que, en las noches de verano, les cantan a los que allí tienen su morada.

Marisa, cada año, lleva una rosa que deposita encima de la tierra, donde descansa su amor truncado.

Antonio, cada día, va al supermercado donde trabaja Marisa.

En una ocasión, se le cayó la bolsa regando todos los productos por el suelo. Marisa le prestó su ayuda. Al estar más cerca, una de las veces, coincidieron sus manos. Marisa las apartó ruborizada. Un día Antonio la invitó a ir su casa de campo.

En cada momento, Antonio pensaba —quizás hoy, pero ¡nada! — Este fin de semana fue a buscarla, y al llegar al campo dieron un largo paseo.

Iba decidido a dar el paso. Al entrar en la casa contempló la gran estancia triste y sombría. La chimenea iba consumiendo leño tras leño a merced de las llamas. Alrededor, los asientos, eran troncos de árboles.

Subió la escalera para llegar al piso de arriba, con mucho cuidado, al comprobar que los peldaños de madera estaban gastados.

Al llegar al primer piso se encontró una sala sin puerta, entró en ella y sintió la frialdad de la primera planta.

En esta se encontraba una mesa pequeña y alrededor, un tresillo de enea, acompañado de unas sillas del mismo material, un baúl y a la derecha, una ventana pequeña que recibía la luz de la calle. Desde ella se veía el molino que fue destruido por una bomba en la guerra civil española.

Allí quedaron sus canterías apoyadas entre sí, formando un mosaico de preciosas piedras -algunas se negaron a rendirse- y allí seguían erguidas desafiando el horror vivido. Al fondo, el regato.

Seguida de la estancia, una habitación con dos camas de forja negra y colchones altos.

La mesilla alta de madera negra. En el estante de abajo, un orinal de pedernal.

En medio de la habitación, entre cama y cama, una cuerda de pared a pared, de la que cuelga una sábana.

Antonio se sentó en la cama y esperó a que llegara Marisa. Mientras, se iba quitando la ropa, y al llegar Marisa y verlo, se puso tan nerviosa que se marchó con rapidez.

Antonio, ante el cuadro vivido, fue en su búsqueda y, bajando la escalera, vio una hoz colgada en la pared con varios aperos de labranza, la descolgó y llegó al huerto de flor, ve a Marisa sentada en el banco de piedra.

Joaquina Campón

LA MIRADA

La cola en la gran superficie, el aturdimiento inicial de la normativa del decreto de alarma, empujaron a Antonio a buscarse algo más cercano y manejable para el suministro diario. La primera vez que entró en esa tienda de barrio observó que las medidas de seguridad también se exigían, pero todo era más fluido. Cualquier producto vital lo tenía repartido por todo el local y, destacando sobre el resto, el apartado de frutas, que, colocado de forma escalonada, hacía más atractiva la oferta. Tras ese ofrecimiento de colores se encontraba Marisa; su tono de voz desvelaba cierta timidez. Sus ojos, casi apoyados en la parte alta de la mascarilla, como soles en su ocaso, disfrutaban más escrutando el género que cruzando una mirada con la clientela. Si la cara es el espejo del alma esa careta le robaba más de la mitad de la suya, de momento oculta para ese ser solitario, Antonio, que cambiaba de hábitos. Al revés pasaba lo mismo, lo único que él veía, una necesidad aprender a sonreír con los ojos y se esforzaba en ello, los suyos arrastraban menos tristeza y Marisa se percató.

La gente abandonaba el duro confinamiento y estrenaba sus primeros paseos marcados en el suelo por una dirección y una distancia; los primeros calores se dejaban caer sobre la ciudad y reinaba entre todos el pesar por la pérdida de la primavera. Con la llegada de los higos primerizos a la tienda, la pareja inició una animada conversación un día de poco público, añorando esas higueras con sombras acogedoras y vida bajo sus hojas, como árbol de sabiduría, frente a lo que hoy eran verdaderos secarrales, por el abandono de los pueblos. Los ojos de ella ganaban espacio en su cara y él la veía como una Sherezade, con historias ocultas a punto de manar. Este rato compartido y relajado fue suficiente para emplazar una cita más lúdica entre la pareja.

Eligieron día y hora y una terraza segura, la masa tomaba confianza y envuelta en su pompa de jabón se veía inmune, pero sobre todo se imponía vivir. En una sombra acogedora se pidieron un par de cervezas y en el momento de ir a dar ese ansiado primer trago, tras quitarse sus mascarillas, sin cortapisa alguna, soltaron una sonora carcajada.

Ambos habían cursado estudios de filosofía y terminaron hacía unos tres años, sin llegar a compartir grupos de amigos ni de trabajo durante toda la carrera; nunca llegaron a cruzar una palabra. Antonio no era malo con los números y trabajaba en una gestoría. Los dos esperaban tiempos mejores para ejercer por lo que apostaron. Una sonrisa cómplice, junto a sus miradas libres de nubes, los acompañó en el brindis por Platón y su fruta predilecta: los higos.

José Antonio García Feria

EL CIRCO

Antonio tiene un paso cansino. Calvo, delgado, con gafas... cada día entra en el súper a comprar alguna cosa. Todos allí le conocen. Su charla con las cajeras y con los empleados es muchas veces el único contacto que tiene con personas ajenas a su entorno. Y en su trabajo también se relaciona poco con la gente. Es escrupuloso y eficiente, pero sin levantar la cabeza del ordenador.

Marisa es bajita y regordeta. Tiene el cuerpo poco agraciado, cara pecosa y gafas que resbalan por la nariz. Sus grandes complejos acrecientan su timidez. Se sonroja por todo y apenas le sale la voz del cuerpo, lo suficiente para dar las gracias a la vez que entrega las bolsas con frutas o verduras.

Cada día, aproximadamente a la misma hora, Marisa siente que se aceleran los latidos de su corazón porque escucha la voz de Antonio pidiéndole tres tomates o dos naranjas, se los pesa y entrega sin mirarle y un escalofrío recorre su cuerpo si por casualidad sus manos se rozan.

Antonio la mira con dulzura, pero es incapaz de articular una palabra que no tenga que ver con la compra que va a realizar. En su mente bullen las frases que le diría si se atreviera y que jamás saldrán de su boca. Y realmente importa poco. Marisa no sabría qué contestar si le escuchara... se escondería debajo de las cajas de lechugas, intentando pasar lo más inadvertida posible.

Esta mañana Antonio se ha armado de valor, un circo ha llegado al pueblo y ha sacado dos entradas. Le dirá a Marisa que vaya con él, pero tiene que hacerlo con cuidado para que ella no se salga por la tangente, pues no sería la primera vez que se le escabulle en el último momento.

Marisa ya ha terminado su jornada laboral y se marcha a casa. Va nerviosa... le han invitado a ver una representación circense. El circo es lo que más le gusta en la vida y Antonio le ha soltado una petición, o invitación, quizá una súplica lastimera, para conseguir que fuera con él a ver la función de tarde. No ha sabido negarse, y ahí está ahora, corriendo a casa, agobiada por no saber qué ponerse. ¿Se pintará? ¿Llevará el pelo suelto o recogido?

Antonio está en una nube. Aún no se cree que Marisa le haya dicho que sí. Tenía una larga lista de argumentos para convencerla y no ha hecho falta ninguno.

A la hora convenida está hecho un pimpollo, con un polo azul celeste y unos chinos oscuros, esperando a su adorada vendedora de frutas. Marisa llega puntual, con una cinta roja en el pelo y un vestido estampado muy favorecedor. Huele ligeramente a vainilla y Antonio ve con asombro que se ha pintado las uñas y lleva brillo labial.

Se encaminan hacia el circo Mágico con paso ligero y el corazón de Marisa no ha dejado de latir con fuerza, allí, entre las dos pistas centrales el payaso listo la mira de reojo y una sonrisa de esperanza se dibuja en su cara. La magia llegó en forma de circo.

Concha Ibáñez

COMUNICACIÓN

(Cada vez que entra Antonio en el supermercado y se acerca a la frutería, el corazón se me desboca. Me mira con ojos que dicen que le gusto; pero deseo que sea él quien se decida a decírmelo. Bastante le doy a entender yo con mis miradas, mis gestos, mis atenciones cuando le sirvo la fruta. Si pasa demasiado tiempo y no se decide no sé qué voy a hacer para atraerle hacia mí.)

(Qué chica tan guapa es Marisa. Lo que me gustaría poder comunicarle que me gusta; pero... ¿Cómo puede ofrecerle una cita un sordo a una mujer tan bella y con esa dulzura que seduce hasta a los más insensibles? Llevo meses intentando hablarle; pero temo que cuando oiga mi voz destemplada me rechace. Hoy lo intentaré, pase lo que pase.)

Antonio llegó aquella mañana al puesto de Marisa y por primera vez habló ante ella. Pidió la fruta con su voz, sin gestos, como nunca lo había hecho hasta ese momento. Ella puso cara de sorpresa, que él en principio interpretó como de cierta contrariedad. Después cogió un racimo de uvas, lo desgranó y formó una frase con los granos: «¿Quieres salir conmigo esta tarde?»

Ella separó varias manzanas y le contestó: «Sí».

Ambos sonrieron felices.

Vicente Rodríguez Lázaro

TRES FOTOS

El otro domingo por la mañana una pareja me pidió que les hiciera una foto. Yo venía de andar con mis botas llena de barro. Hacía un precioso y frío día de invierno, de esos en que el sol no deja ni rastro de nubes y todo se ve más brillante, recién estrenado tras la lluvia. Ella iba muy bien peinada y muy bien vestida, llevaba una trenca roja y unos pantalones negros, como si acabara de salir de la tienda, que diría mi madre. Él llevaba un pulcro traje de chaqueta con la corbata a juego. Daba gusto verlos, tan juntitos. Posaron como dos novios. Les hice varias fotos, por si acaso, les devolví el móvil, me dieron las gracias muy educadamente y siguieron su paseo, cogiditos del brazo. La foto captó esa felicidad tranquila y apacible de quién ha conseguido lo que quiere de la vida.

Desde ese día no he dejado de pensar en ellos, ¿por qué van como si fueran una postal antigua?, ¿cuál será su historia? Se me han ocurrido varias, pero esta es la que más me ha gustado.

Ella se llama ... Marisa y él, pues Antonio. Se conocieron en la frutería del supermercado donde ella trabajaba mientras se preparaba las oposiciones de Instituto. Él vivía cerca y acompañaba a su madre a comprar la fruta los martes y los viernes. Entre el griterío de la clientas —*¿quién da la vez?; mira tú la gracia que ha hecho el crío; hay que ver la guarra de la del cuarto, cómo tiene los cristales; qué me decís de Marisol, con lo bonita que era de chica y ahora se está volviendo una fresca*— el silencio de Antonio consolaba a Marisa como un bálsamo.

Cáceres es una ciudad pequeña, así que coincidieron en un concierto, por ejemplo, de Raphael, que se llevaba mucho en su época. Marisa iría con su pandilla de la Facultad y Antonio con los compañeros del taller. Mientras escuchaban «Mi gran noche» él la invitó a bailar y ya no se separaron. Posiblemente haya una foto en blanco y negro. Marisa algún día le contará a su nieta que la tuvo que tener escondida porque Antonio la tenía agarrada por la cintura, cosa terriblemente inmoral para la época. Hasta aquí es una historia normal y corriente, de hecho, un poco sosa. Por ponerle un poco de emoción, digamos que cerraron el taller de coches donde Antonio trabajaba y su primo le encontró trabajo en Madrid. Al principio se escribían largas cartas de amor. Pero Marisa acabó sacando una interinidad y la mandaron pongamos que, a Morón de la Frontera, provincia de Sevilla. Las cartas se fueron espaciando, ellos cambiaron varias veces de dirección y al final perdieron el contacto.

Les pasó la vida. Cuando se jubilaron, Antonio viudo y Marisa divorciada, volvieron a Cáceres, quizás pensando en aquel amor de juventud, aunque sin muchas esperanzas de encontrarse. Y ahora, voy a aponerme de su parte: Va a haber un concierto de Raphael en las Fiestas de la Victoria de Trujillo. ¡La de veces que lo habrán escuchado pensando el uno en el otro! Antonio va con su coche (no olvidemos que ha sido mecánico). Marisa ya no ve muy bien de noche, así que la lleva su nieta. No llegan a la vez, ni se sientan juntos, ni se encuentran en el baño, pero al salir se cruzan, se reconocen al momento y ya no se han vuelto a separar. La nieta de Marisa tiene en el móvil la foto de ese momento. Se miran reconociéndose en cada arruga, en la postura cansada de sus cuerpos, en sus ojos hundidos, pero aún brillantes. A ella se la ve emocionada, él está llorando. Si hubiera grabado un video nos daríamos cuenta de que de fondo suena «Mi gran noche».

Probablemente esta no sea la historia de Marisa y Antonio. Quizás lleven toda la vida casados, o quizás se conocieron el año pasado en un viaje del IMSERSO. Casi seguro que no se llaman ni Marisa ni Antonio. Pero en el álbum de mi memoria quedarán pegadas estas tres fotos como recuerdo de una historia de amor que tal vez pudo ser.

Belén Gómez

RUTINA Y OBSESIÓN

Lunes, las cinco y media de la tarde, el turno de Marisa había comenzado hacía ocho minutos exactos. Antonio se paseaba por la sección de fruta mientras la miraba de reojo, al final solo compró unas fresas.

Martes, las cinco y media de la tarde, hoy Marisa llegaba al supermercado unos minutos más tarde ya que salía del gimnasio a la misma hora. Aun así, Antonio la esperó y cuando la vio llegar se puso en su caja, volvió a comprar fresas.

Miércoles, las cinco y media de la tarde, Marisa tiene doble turno así que lleva aquí desde la una. Antonio compra fresas y manzanas, Marisa hace un comentario hacia su gusto por las fresas, él le ofrece un café. Ella lo rechaza.

Jueves, las cinco y media de la tarde, Marisa habla con una mujer que también va mucho por allí. Antonio da vueltas y hace una compra algo más completa, finalmente coge una cajita de fresas y se pone en la caja. Marisa y él tienen un pequeño diálogo, ambos ríen y Antonio se decide, mañana se lo dirá.

Viernes, las nueve de la noche, Antonio se pasea de un lado a otro por delante del supermercado. El turno de Marisa acaba de terminar, se encuentran fuera y él la invita a salir, ella lo rechaza amablemente diciendo que ya tiene planes. Ambos saben que eso es mentira.

Sábado, hoy Marisa no trabaja. Se despierta tarde y sale a correr, como hace cada sábado. No vuelve a casa.

Domingo, Marisa está confundida y desorientada. Ve los ojos verdes de Antonio frente a ella y nota un olor extraño que le hace sentir nauseas. Mira a su alrededor y ve que la encimera está llena de fresas que pasan por todos los grados de descomposición. Antonio la obliga a mirarlo.

-Hoy no tienes planes, sé que los domingos descansas. He pensado que podrías salir conmigo -la sonrisa amable de Antonio se ensancha y susurra en su oído-. No te preocupes, a las ocho de la mañana del lunes estarás de nuevo tras la caja.

Marta López Castaño

RETO AFRUTADO

Él usaba dentadura postiza, se le notaba sin necesidad de acercarse mucho. Unos dientes nuevos en medio de una cara vieja no pasan desapercibidos. Estaba claro que se teñía el pelo, en los hombres se nota más. Su aspecto daba ese tufillo a no querer enfrentarse a los años.

Ella todavía gozaba de esos últimos años de juventud en los que abandonas la idea de tener pareja o de formar una familia. Siempre llevaba el cabello recogido en una coleta alta, bailona. Labios gruesos, siempre rojos, sin pintalabios.

Se levantaba temprano para montar el puesto de frutas: arriba los melones, así lo tenía más a mano y no le pesaban tanto hasta depositarlos en la báscula colgada. Luego las manzanas y en primera línea las frutas pequeñas: mandarinas, kiwis, pimientos, ajos. Todas las cajas dispuestas en pendiente y ella arriba en su atalaya dominando su puesto en el mercado central. Tenía clientela fija, no en vano era uno de los mejores puestos del mercado por su variedad, orden y distribución del género.

No se había percatado de que él acudía todos los días a comprar hasta que él mismo se lo comentó. Lo tenía por cliente, pero no diario. Pero desde aquella observación, ella lo esperaba y hasta se inquietaba si daban las dos de la tarde y no lo veía aparecer por allí. Unas risas, una pequeña conversación agradable y un hasta mañana que cada día tardaba más en llegar.

Nunca fallaba a la cita diaria con cualquier excusa, cuando no fruta, verdura. Hoy necesitaba unas hortalizas para una nueva receta de última hora que dieron en el canal de televisión local. Luego añadió que si le gustaría dar un paseo por el parque al día siguiente por la tarde. A ella le cayó de sorpresa, no esperaba una invitación. O sí. Sintió calor en sus mejillas. Miró a ambos lados del puesto, parecía como si sus compañeros de mercado y todos los clientes del mundo estuvieran mirándola para no perder ningún detalle de su respuesta. Por suerte él eligió un momento en el que estaban solos. Nunca había notado que él la pretendiera de ninguna forma. Le dijo que se lo pensaría y que mañana le daría una respuesta. Así salió del paso de la vergüenza que le daba.

Y vaya si se lo pensó, no hizo otra cosa el resto del día. Pasó la tarde analizando los pros y los contras, eso sí, con una sonrisa permanente en la boca. Aquella sensación era algo que tenía olvidado ya, era como un deshojar de margaritas: unas veces se decía que le sacaba muchos años, otras, pretendía no tener que lamentarse en el futuro por rechazar un paseo que podría derivar, por qué no, en una película de sofá en una tarde fría o en un arrullo en una cama compartida.

Y en esas divagaciones le llegó la hora de madrugada en que se iba al mercado.

Finalmente concluyó en que hoy pondría las chirimoyas, su fruta favorita, en primera línea del puesto de frutas.

Ángela Velasco Bello